

Comentario al evangelio del domingo, 9 de junio de 2019

Una historia animada por el Espíritu

Al final de la Pascua, llega la fiesta de Pentecostés, la gran Pascua del Espíritu, la celebración de una historia en la que el Espíritu de Dios es el guía e inspirador. Hoy no hay que mirar sólo a aquel momento inicial que se nos relata en los Hechos de los Apóstoles, cuando los discípulos experimentaron con fuerza nunca sentida antes la presencia del Espíritu de Dios que les animaba a salir del cuarto cerrado en que se habían metido por miedo a los judíos y a predicar la buena nueva a todos los hombres y mujeres, en todas las lenguas y en todas las culturas. Porque el amor y la salvación de Dios son para todos.



Hoy tendríamos que saber contemplar la acción del Espíritu a lo largo de la historia de la Iglesia. Cuando miramos estos veinte siglos, tenemos la tentación de hacer la historia de las ideas o de los concilios o de los documentos o de los papas. Pero la historia de la Iglesia es mucho más que eso: es la historia de los hombres y mujeres –importantes o no, con cargo o sin él– que se dejaron llevar por la fuerza del Espíritu y que anunciaron a la buena nueva

con su vida y con sus palabras y su forma de amar a todos los que se encontraron en el camino.

Hoy es importante repasar los nombres que conocemos, los de los santos, aquellos en los que el pueblo de Dios ha reconocido la presencia del Espíritu y la fidelidad humana. Gracias a ellos hoy seguimos reconociendo la presencia del Espíritu en la Iglesia. Desde los que escribieron los Evangelios y los que dieron el testimonio de primera hora, como fueron Pedro y Pablo, hasta los santos de los últimos siglos. Tampoco hay que olvidar el momento actual de la Iglesia. No podemos dejar de mirar a los que se sientan a nuestro lado durante la misa, a los miembros de nuestra comunidad cristiana. En ellos –en mí– también está presente el Espíritu, alentándolos –alentándome– a ser mejores, a amar más, a ser más generosos.

Las lenguas de fuego y el viento impetuoso de que se habla en la primera lectura no son más que un símbolo para expresar la fuerza del Espíritu de Dios que llega hasta el corazón de la persona humana y es capaz de transformarla. Cuando se abren las puertas del corazón al Espíritu, ya nada es igual. Todo se ve desde otra perspectiva, la del amor y la misericordia de Dios. Nuestra historia personal se transforma en el fuego del Espíritu.

Hoy es día para dar gracias a Dios por el don de su Espíritu, porque nos ha hecho participar en esta historia de hombres y mujeres santos y nos llama también a nosotros a la santidad. Abramos el corazón al Espíritu de Jesús y él nos enseñará, como dice el Evangelio, a vivir en cristiano, nos hará recordar en todo momento a Jesús y nos ayudará a guardar el mandamiento del amor.

Para la reflexión

¿He sentido algunas veces la llamada a ser más generoso, a perdonar al que me había ofendido, a ayudar al necesitado? Ésa es la llamada del Espíritu. ¿He seguido su inspiración o la he rechazado? ¿Qué ha significado eso para mi vida?

Fernando Torres cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org